

Quizá la teoría de las ideas de Platón es la parte de la filosofía griega a la cual debe Filón sus conceptos fundamentales. La razón (*Logos*) es el arquetipo de lo verdadero, lo bueno en sí. Debajo está la materia inerte a la cual da forma la inteligencia suprema. Nada se crea de nada, nada se destruye; pero Dios toma las formas de las cosas, siempre variables, de las ideas eternas que contempla en sí mismo. El mundo, por lo tanto, es eterno. Dios no es precisamente creador. Nunca se cansa: es natural en él producir siempre. La creación no ha empezado en el tiempo. Dios es el principio. Es toda acción en cada ser en particular, lo mismo que en el universo a él sólo corresponde la actividad. Penetra en todo lo que existe. Es el lugar universal, porque todo lo contiene: lo es todo. Actualmente se llamaría panteísmo semejante doctrina que no tomó Filón de la Biblia. El exégeta alejandrino se aproxima más a la antigua teología hebrea en cuanto dice del *Logos* intermediario entre Dios y el mundo. El ángel de salvación le ofrecía un dato del cual había sacado partido antes que él la filosofía judía. Para llenar en lo posible el abismo que el mono-teísmo semítico abre entre Dios y el mundo, hubo que crear el concepto de un mediador, dios por una parte, hombre por otra, que relacionaba lo finito con lo infinito. Filón, combinando con la Biblia la teoría platónica de las ideas, del alma del mundo, y la fórmula estoica de la divinidad concebida como razón que obra en el mundo, dio a aquella doctrina un cuerpo que hasta entonces no había tenido. La sabiduría de Dios, el *Logos* es para Filón el hijo mayor de Dios, el arcángel o el más antiguo de los ángeles, el Verbo, la razón inminente de Dios.

Dicha teoría, desde el apocalipsis de Juan penetró en el lenguaje místico de la Iglesia cristiana, y sobre el año 120, aproximadamente, produjo el prólogo del Evangelio atribuido a Juan. El *Logos* fue la revelación permanente, el Maestro que no muere (como la lámpara de Edesa, encerrada en un muro), por lo cual Sócrates conoció al Cristo en parte. Esta revelación causará en la humanidad series de cristos y profetas sin fin.

Como veremos, Filón se acerca en varias cosas a la teología cristiana. La acción de aquel notable pensador sobre Jesús parece que fue nula. Jesús no leía el griego, y no conoció escritos como el de Filón. No les ocurrió lo mismo a la segunda y tercera generaciones cristianas. La teología judeo-alejandrina triunfó en forma cristiana: el gnosticismo fue su exageración enfermiza. Las exageraciones desaparecieron, pero la Iglesia Católica conservó en eso, como en todo, la huella profunda de las particularidades que había eliminado.

Otro dogma cristiano, el de la gracia, se halla en Filón, con rasgos muy parecidos a la doctrina de San Pablo. Todo el bien procede de Dios: el mal nace de la materia o de las potencias inferiores que contribuyeron con el Verbo a la creación del mundo. Considerarse a sí mismo como autor de una buena acción, acto de orgullo, es un robo perpetrado en perjuicio de Dios. La influencia benéfica de Dios, que hace al hombre capaz del bien, es la *charis*, la gracia. No afirmamos que San Pablo leyera aquellos pasajes, pero sí que había un terreno común en el que la teología ju-

deo-helénica, el cristianismo de San Pablo y el gnosticismo experimentaron su primer desarrollo.

Al igual que para San Pablo, para Filón es poca cosa la descendencia de Abraham. El judaísmo de Filón es francamente cosmopolita.

Del mismo modo se encuentra muy lógicamente en Filón el pecado original. El espacio entre Dios y el mundo está lleno de almas: las que más cerca están de la tierra, son las más sensitivas, lo cual les impele a tomar cuerpo: falta enorme, porque el cuerpo es el mal, y todos los malos instintos del hombre proceden de él. El hecho de existir supone, pues, una falta primitiva, a un acto de concupiscencia culpable. El esfuerzo de la virtud consiste en romper el vínculo fatal, para que el alma se escape con toda su libertad y pureza. La doctrina de la emigración de las almas habría debido de salir de aquí, pero Filón no siguió este pensamiento con su lógica acostumbrada.

En Filón no existe mesianismo propiamente dicho, y también le es ajena la creencia en la resurrección. No la necesita. La filosofía griega le ofrece para recompensa de buenos y castigo de malos, medios muy sencillos. Las ilusiones judías sobre una dicha universal en la tierra le asedian, no obstante, y le impelen a los sueños más contradictorios. Todos los israelitas llevados a los extremos del mundo por los azares de la esclavitud serán libertados. Los amos, llenos de admiración hacia ellos, no podrán soportar la idea de ser dueños de gente que tanto les supera en virtud. Adquirida la libertad, impulsados a la misma hora por el mismo instinto, acudirán a Palestina, desde las tierras e islas más lejanas, y llegados al fin de su viaje, reinarán por el respeto, el temor y el amor. La riqueza, el bienestar, la salud, la fuerza corporal, serán los caracteres de este reino bienhechor de Israel.

El antiguo genio hebreo no era místico, pero Filón lo fue extremadamente. Admitía un grado de clarividencia religiosa superior, a la que se llega con la gracia divina, para poder contemplar al Ser Eterno cara a cara.

Como vemos, Filón se entregaba a especulaciones de orden bastante contradictorio. Su prodigiosa actividad intelectual no se imponía unidad alguna. El Pentateuco es el objeto perpetuo de sus comentarios. Su vida de Moisés es curiosa como biografía del legislador hebreo, hecha con el fin de agradar a los paganos. Las obras apologéticas e históricas son elocuentes. Compuestas para paganos, tienden especialmente a demostrar a los no judíos cuántos preceptos judíos podían practicar ventajosamente. En dos tratados consuela Filón a los numerosos judíos que padecían esclavitud a consecuencia de las guerras de aquella época, en nombre del idealismo trascendente, consuelo que solamente encontrarán vano quienes no hayan sufrido nunca injustamente.

Muy singular fue la fortuna literaria de Filón. La escuela judía de Alejandría desapareció en el siglo I de nuestra Era, y no sabemos qué discípulos tendría Filón en su patria. Tampoco ejerció acción alguna sobre el judaísmo palestino que hablaba hebreo. Su nombre no aparece ni una vez en el Talmud ni en la tradición judía. Jesús indudablemente nada supo de él, pero las generaciones cristianas segunda y tercera le leyeron mucho. Su influencia, o la de ideas similares a las suyas, se nota en las epístolas auténticas de San Pablo, en la epístola de carácter

indeciso llamada a los Efesios y, especialmente, en los escritos que cierta escuela atribuyó al apóstol Juan.

A partir de entonces tuvo Filón mucho favor en la escuela cristiana; se le copió como a un Padre de la Iglesia, y hasta se afirmó que había sido cristiano. El modelo de homilía al estilo de los Padres, que tomaba como texto un pasaje de la Escritura y sacaba de él deducciones morales, procede de Filón. La teología cristiana, heredera y continuadora de la helénica, le debió muchas cosas, sobre todo su afición desordenada a la alegoría. El gnosticismo procedió en parte de Filón, o al menos desarrolló ideas análogas a las suyas.

Lo cierto es que Filón fue en el judaísmo fenómeno único. Josefo es muy diferente a él. Menos filósofo que Filón, no se complacía como éste en coqueterías especulativas. Su fondo helénico llegó a la forma más sencilla, más clásica, si me atrevo a decirlo así: Dios y la inmortalidad. Las precauciones del patriota son las mismas. El carácter moral de Filón nos parece superior, pero los tiempos de Josefo eran muy terribles. Josefo era más hebraizante que Filón: su griego era el de un hombre que al escribir artificialmente un idioma aprendido, emplea simultáneamente palabras tomadas de todas partes. Ni uno ni otro llevaban la dirección que el porvenir había de engendrar. Eran letrados y los letrados hacen poca cosa. Jesús había de salir de los pobres conventículos de mesianistas y extraviados de Palestina, gente ignorante, que carecían de filosofía y no sabían una palabra de griego.